

CRÓNICA DE LA BATALLA DE LEPANTO

Luis MOLLÁ AYUSO



(Retirado)

Antecedentes



N Turquía, la posición del sultán Selim II, sucesor de Solimán, tras la muerte de este en 1566, se hacía cada día más inestable debido a sus desencuentros con el gran visir (primer ministro), Mehmed Pachá, que criticaba su falta de decisión en el envío de ayuda al levantamiento de los moriscos rebeldes en las Alpujarras españolas, miles de los cuales habían muerto al intentar recuperar lo que un día había sido parte del islam. El sultán necesitaba un golpe de efecto que le devolviera la confianza de su pueblo y buscó dónde atacar a los españoles, que aún mantenían en el Mediterráneo enclaves en disputa tan importantes como el peñón de Vélez, Melilla, Orán o Mazalquivir. Sin embargo, y a pesar de su peso estratégico, sus consejeros le desaconsejaron lanzarse sobre esos puntos de la costa mediterránea, pues después de los fracasos de Malta por mar y Hungría por tierra, ni el presupuesto ni el ejército estaban en disposición de acometer una empresa de tanta envergadura, proponiéndole, por el contrario, atacar en la prácticamente desguarnecida Ceuta, que pertenecía a los portugueses, los cuales se la habían arrebatado a los benimerines casi cien años atrás, o asestar un golpe de mano en Chipre, isla perteneciente a la Serenísima República de Venecia desde 1489. A pesar de que los informes hablaban de una Ceuta escasamente protegida, Selim II valoró el esfuerzo de conducir una fuerza naval hasta la otra punta del Mediterráneo y la implicación logística que supondría el asedio de una ciudad que quedaba a tiro de piedra de la costa sur española, lo que podía empujar a Felipe II a sumarse a su defensa desde una situación estratégica de clara superioridad.

Así pues, el sultán mandó a su «Estado Mayor» estudiar el asedio y asalto de la isla de Chipre sin que el tratado de paz que acababa de firmar con el dogo de Venecia representara ningún obstáculo, justificando su ruptura en

el hecho de que se trataba de una antigua tierra del islam y, mientras sus militares preparaban los planes de campaña, sus ministros se dedicaron a recaudar dinero mediante la confiscación y reventa de monasterios de la Iglesia ortodoxa griega. El antiguo tutor del sultán, el general Mustafa Pachá, fue nombrado comandante de las fuerzas terrestres mientras Alí Pachá era elegido almirante de las navales, asesorado por el astuto Pialí Pachá, más experimentado en la guerra en la mar. De esta forma se eliminaba la posibilidad de relación directa entre Mustafá Pachá y el conflictivo almirante, cuyo antagonismo era un secreto a voces.

A pesar del tratado de paz recién firmado, el dogo de Venecia no terminaba de confiar en Selim II y llevaba tiempo preparando la defensa de la República ante un hipotético ataque otomano. De hecho, sus consejeros pensaban que el objetivo inicial de Solimán, cuando finalmente atacó Malta, sería la isla de Chipre y la preocupación se instaló en Venecia al conocer mediante informadores que el nuevo sultán estaba preparando una fuerza expedicionaria en el Mediterráneo, por lo que decidieron reforzar las defensas de la isla, aunque no escapaba a nadie que sin ayuda exterior no podrían resistir mucho tiempo.

Antecediendo en unos pocos meses a Solimán, en 1565 moría en Roma el papa Pío IV, recibiendo el anillo papal Antonio Michele Ghislieri, que gobernaría la Iglesia católica con el nombre de Pío V.

Prácticamente desde su nombramiento uno de los objetivos del nuevo papa consistió en promover la Liga Santa, una coalición sobre la que, inicialmente, hubo muchas reticencias por parte de los distintos monarcas de la cristiandad, aunque a la vista de la actitud agresiva de los otomanos en el Mediterráneo que cristalizaría con el ataque a Chipre quedó finalmente constituida por España, Venecia y los propios Estados Pontificios. Al frente de las fuerzas combinadas situó el papa a Juan de Austria, hermanastro de Felipe II, a quien definió, haciendo uso de la cita evangélica referida a Juan el Bautista, como «un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan». Las capitulaciones de la Liga, que fijaban detalladamente los recursos militares con que habría de contribuir cada uno de los aliados, estipulaban una flota de 200 galeras de combate, 100 auxiliares y una fuerza de socorro de 50.000 hombres. Para asegurarse la participación española, el Tratado incluyó la promesa de Venecia de ayudar a Felipe II en sus posesiones en el norte de África. Por su parte, el papa asumió el compromiso de aportar doce galeras aparejadas y dispuestas, 3.000 infantes y 270 jinetes con sus monturas. Los aliados se comprometieron a acudir en socorro de cualquiera de los miembros de la Liga que se viese atacado por los turcos, especialmente si los territorios en peligro eran los de la Santa Sede. Como cláusula de penalización para quien no atendiese las obligaciones de los aliados, el papa impuso en las estipulaciones la pena de excomunión, con pérdida de sus posesiones y liberación del juramento de fidelidad de sus súbditos. El compromiso se firmó el 15 de mayo de 1571 con la renuencia de tres países cristianos de relevancia: el Sacro Imperio Romano

Germánico, cuyo emperador acababa de firmar un tratado de paz con los otomanos y no se mostraba inclinado a romperlo, Francia, que mantenía tradicionalmente relaciones amistosas con los turcos y hostiles con los españoles e Inglaterra, que había roto definitivamente con Roma desde la coronación de Isabel I.

El 27 de junio de 1570, casi un año antes de la firma del acuerdo entre cristianos, las fuerzas invasoras otomanas pusieron rumbo a Chipre con un dispositivo de más de 200 barcos y 60.000 soldados. Durante el tránsito a la isla los venecianos debatieron oponerse al desembarco, pero vista la colosal máquina de guerra enemiga decidieron resistir en las fortalezas distribuidas a lo largo de la isla a la espera de la llegada de refuerzos.

El sitio de Nicosia se inició el 22 de julio y duró siete semanas, hasta que el 9 de septiembre los otomanos lograron traspasar las murallas una vez que los defensores agotaron sus municiones, pasando a cuchillo a los veinte mil habitantes que encontraron en la ciudad, aunque respetaron la vida de mujeres y niños que fueron vendidos como esclavos. Durante el asedio el papa trató de acelerar la organización de la Liga, pero la lenta burocracia de las firmas lo hizo imposible, y aunque una escuadra cristiana reunida urgentemente y cercana a los 200 barcos zarpó rumbo a Chipre a toda velocidad, al saber que Nicosia había caído, su comandante, el almirante veneciano Jerónimo Zanne, ordenó regresar al puerto de partida. Compuesta por unidades venecianas, papales y españolas, por designio de Pío V mandaba la escuadra Juan de Austria, que quedó en tierra delegando en la mar en el almirante veneciano, mientras que la flota española quedó a cargo de Juan Andrea Doria, sobrino del gran almirante homónimo, con Álvaro de Bazán como segundo comandante. Al saber que Zanne había ordenado regresar abandonando la isla a su suerte, el marqués de Santa Cruz trató de razonar con Doria que la retirada eliminaba cualquier posibilidad de supervivencia a los chipriotas, que sí se habían visto obligados a ceder en Nicosia lo más probable era que hubieran retrocedido para reorganizarse en cualquiera de los otros dos baluartes que mantenían en la isla, el de Limasol en el sur o el de Famagusta en el este, y que para comprobarlo bastaría una simple descubierta alrededor de la isla, pero Doria se opuso y prefirió no objetar las órdenes de Zanne. La isla capituló finalmente el 1 de agosto de 1571, aunque el asedio y el ataque final desgastaron notablemente a los otomanos que perdieron cincuenta mil efectivos.

La toma de Chipre por el ejército otomano dejó muchas secuelas, sobre todo en la parte norte del Mediterráneo, donde los cristianos más humildes, conocedores de los horrores practicados por los turcos a los chipriotas, se cuestionaban si el aparato militar al que tan onerosamente contribuían con sus impuestos tenía razón de ser. Las tensiones entre españoles y venecianos que habían contribuido en buena manera al fracaso de la coalición amenazaban ahora con hacer saltar por los aires el proyecto de la Liga Santa. El único



En 1571 la extensión del Imperio otomano, y por ende del islam, representaba una tenaza a punto de cerrarse sobre Europa. (Facilitado por el autor)

elemento que alimentaba la esperanza de los temerosos cristianos ante la nueva y decidida amenaza del Imperio otomano era la enérgica figura de Juan de Austria.

Por su parte, el almirante Alí Pachá, viendo la superioridad del ejército de Mustafá en Famagusta, donde la caída de la ciudad era cuestión de tiempo, decidió dejarlo maniobrar en tierra y en lugar de mantener el bloqueo de la isla como habían acordado prefirió salir con sus barcos a buscar a la flota cristiana, pues había oído que estos estaban formando una gran coalición con la intención de disputarles el Mediterráneo. De este modo, se dirigió inicialmente a Creta, isla perteneciente también a Venecia, que la había comprado en 1204 para establecer un puesto avanzado en sus correrías comerciales. Alí Pachá encontró los fuertes cretenses bien defendidos y se limitó a dar golpes de mano en las pequeñas poblaciones del litoral con el objetivo de secuestrar a cualquiera que sirviera para coger un remo, aunque en cada uno de sus ataques perdía también soldados que necesitaba reemplazar, a pesar de lo cual repitió la operación en las islas griegas de Corfú y Cefalonia y, finalmente,

envió a sembrar el pánico en el Adriático a su lugarteniente y mano derecha Uluch Alí, un renegado nacido y bautizado cristiano que había sido secuestrado de niño cuando lo llevaban a un seminario y que después de servir en el remo durante catorce años abjuró de su fe, abrazó el islam y terminó armando su propia flota que en esos momentos era de 52 galeras. En realidad, Uluch Alí buscaba en aguas venecianas rastros de la gran flota que, al parecer, estaban reuniendo los cristianos, hasta que el capitán de una galera veneciana capturada en el canal de Otranto le confirmó antes de que le cortara la lengua que la Liga Santa era un hecho y sus almirantes y unidades navales se estaban concentrando en Mesina.

Informado, Alí Pachá envió una escuadra de galeras a la costa de Calabria a confirmar la información del deslenguado capitán y conocer, en su caso, la magnitud de la escuadra cristiana, permaneciendo fondeado a la espera de noticias en el golfo de Patras, frente al pequeño puerto de Lepanto, donde recibió del sultán la orden de buscar y destruir a la flota cristiana y la promesa de la llegada de refuerzos y provisiones que tanto necesitaba después del enorme desgaste que había supuesto la toma de Chipre.

Mientras tanto, obediendo la convocatoria de Juan de Austria, la Liga comenzaba a reunirse en Mesina. El primero en llegar fue el veneciano Sebastián Veniero, que se presentó el 23 de julio a Juan de Austria haciéndole sentir su malestar por la inacción de los países cristianos en Chipre. Cuatro días después se incorporaba el almirante pontificio Marco Antonio Colonna. A partir de ahí los días pasaron lentamente y el comandante español hubo de esperar al 15 de agosto para ver entrar a puerto las tres galeras que proporcionaba la exhausta Orden de Malta. Finalmente, el 25 de

Batalla de Lepanto		
Guerra entre Cristianos y Musulmanes		
Fecha	7 de octubre 1571	
Lugar	Golfo de Patras	
Resultado	Victoria decisiva de la Liga Santa	
Contendientes	Liga Santa España República de Venecia Estados Pontificios República de Génova Ducado de Saboya Orden de Malta	Imperio Otomano
Comandantes	Jefe: D. Juan de Austria Álvaro de Bazán Juan Andrea Doria Luis de requesens Marco Antonio Colonna Sebastiano Venier	Alí Pachá (Muerto en la batalla)
Medios	204 galeras 6 galeazas 26 fragatas 50.000 infantes 4.500 jinetes	216 galeras 64 galeotas 64 fustas 47.000 Soldados
Bajas	7.600 bajas 21.000 heridos 12 galeras	30.000 bajas 190 naves 12.000 prisioneros cristianos liberados

Composición de fuerzas. (Facilitado por el autor)

agosto, más de un mes después de la llegada de las naves venecianas, entraban en Mesina las españolas. En el momento de fondear nadie reparó en una galea de negra silueta que se mecía al compás de las olas incrustada entre las aportadas por la República de Venecia. Se trataba de una de las exploradoras de Alí Pachá al mando del corsario Kara Kodja, que esa misma noche abandonó el fondeadero aprovechando la oscuridad. Gracias a aquel gesto audaz Kodja pudo informar a Alí Pachá de la cantidad de embarcaciones cristianas reunidas en Mesina, aunque erró en el número ya que abandonó el fondeadero antes de que se incorporaran las últimas cuarenta galeras cristianas, lo que movería al jefe de la fuerza naval turca a infravalorar la magnitud de la escuadra de Juan de Austria, que quedó definitivamente compuesta por 204 galeras y 32 unidades auxiliares, frente a las 216 galeras turcas a las que acompañaban 64 galeotas y otras tantas fustas. De entre las de la Liga Santa las galeras españolas eran las de mejor calidad, pues, recién construidas en las atarazanas de Barcelona, eran fruto del plan de reconstrucción naval ordenado por Felipe II tras el desastre de Los Gelves y también las más preparadas para el combate barco a barco, ya que, siendo más amplias de manga, lo que por otra parte iba en detrimento de la velocidad, constituían mejores plataformas para la artillería gracias a su mayor estabilidad.

Entre soldados, marineros, artilleros y remeros, la Liga Santa embarcó unos 55.000 hombres, tres cuartas partes de ellos españoles. Además de que sus naves llegaron en un estado deficiente y tuvieron que ser apoyadas por Álvaro de Bazán en Nápoles, la república de Venecia se presentó con solo 50 soldados por galera, cuando la media de sus aliados era de 150, cifra pactada en los acuerdos. Encargado, Álvaro de Bazán, de negociar con Veniero la forma de solventar tan grave inconveniente, el almirante veneciano argumentó que, al contrario que otras naciones, sus remeros eran hombres libres que, en caso de necesidad, podían constituirse en combatientes, cosa que no podían hacer los galeotes esclavos que remaban en las naves de otros países. Cortésmente, Álvaro de Bazán le hizo ver la pobreza del argumento, pues la obligación de transportar un número de combatientes apropiado no podía entrar en litigio con la necesidad de cada buque de contar con el número de remeros necesarios para su propulsión con garantías. Finalmente, tras muchas y prolongadas discusiones, el correoso y colérico Veniero admitió que muchos de sus combatientes habían sido diezmos por una epidemia de tifus, por lo que la Liga Santa no podía esperar de ningún modo la llegada de más soldados venecianos. Bazán comprendió que la falta de soldados de la República de Venecia no era una cuestión de negociación ni discusión y que la única forma de dotar a sus barcos de los infantes necesarios pasaba por embarcarlos procedentes de otras escuadras, cosa que el orgulloso Veniero rechazó reiteradamente hasta que las palabras del marino granadino terminaron por hacerle entrar en razón y la infantería veneciana quedó organizada en tres regimientos al mando de generales propios aunque con tropa mayoritariamente hispana.

Por parte española, la fuerza embarcada quedó repartida en cuatro tercios: el de Cerdeña, al mando de Miguel de Moncada; el de Nápoles, a las órdenes de Pedro de Padilla; el de Sicilia, a las de Diego Enríquez; y el más afamado en aquel momento, el de Granada, que mandaba Lope de Figueroa, quien tras haber sido hecho prisionero en Los Gelves había permanecido cuatro años remando en una galera otomana hasta ser rescatado por su padre en 1564 tras el pago de la importante cantidad de cuatro mil ducados.

La inmensa fuerza salió a buscar a la flota otomana en el golfo de Patras. Al frente marchaba Juan de Cardona, capitán general de la flota siciliana, con 15 galeras con misiones, principalmente de exploración, dando paso al grueso, unas doce millas por detrás, dividido en cuatro partes en cuña: el ala derecha, compuesta por 51 galeras señaladas con grímpolas verdes, al mando de Juan Andrea Doria, otras 61 galeras en el centro a las órdenes de Juan de Austria, estas con grímpolas azules, y las 50 de Sebastián Veniero, dispuestas en el ala izquierda y a las que correspondían grímpolas amarillas. Cerrando la formación marchaba Álvaro de Bazán con 27 galeras en las que ondeaban grímpolas blancas que las señalaban como la fuerza de reserva y en la que iban incrustadas las unidades logísticas y auxiliares.

La batalla

Los otomanos tenían barcos más maniobrables y veloces, pero eran más pequeños y contaban con menos artillería e infantes. Individualmente, cada soldado turco tenía una protección personal menor y sus armas de fuego eran menos poderosas que las de los cristianos y aunque contaban con un número de arqueros muy superior, el poder de sus flechas era bastante inferior al de las armas de fuego de los infantes de la Liga.

Con estas consideraciones, al despuntar la mañana del 7 de octubre de 1571 Juan de Austria encontró a los buques otomanos listos y en orden de combate. Las 216 galeras y galeotas y las 128 unidades auxiliares estaban servidas por 15.000 marinos y 55.000 galeotes, en su mayoría cristianos prisioneros. Para el combate embarcaba una fuerza de 46.000 soldados, 750 piezas de artillería y 1.000 arqueros con flechas envenenadas. Igual que la cristiana, la escuadra otomana estaba dividida en cuatro cuerpos formados en media luna: a la derecha el almirante Mohamed Siroco, gobernador de Alejandría, con 54 galeras y dos galeotas; en el centro el comandante en jefe Alí Pachá, con su escuadra de 87 galeras y 32 galeotas y a la izquierda el almirante Uluch Alí con 61 galeras y 32 galeotas. Siguiendo al cuerpo principal navegaba el almirante Murat Dragut al frente de la escuadra de reserva, compuesta por 14 galeras y 21 galeotas y fustas.

El frente de batalla se alargaba hasta casi los siete kilómetros y por la naturaleza de uno y otro dispositivo era obligado que los barcos del almirante

veneciano Sebastián Veniero se enfrentaron a los del turco Siroco, los de Andrea Doria con los de Uluch Alí y los de los comandantes de ambas flotas entre sí. Juan de Austria era consciente de que entre la última galera de Veniero por la izquierda y la costa quedaba un hueco demasiado grande por cubrir, por donde probablemente los musulmanes tratarían de envolver a los cristianos, así pues una de las claves de la batalla descansaba en el dispositivo táctico que escogiera Veniero, teniendo en cuenta que había algunas diferencias entre los diferentes tipos de barco, siendo los más poderosos las galeazas, dotadas de 350 remeros, unos 300 infantes y la artillería pesada, mientras que entre galeras había que distinguir entre las simples (la mayoría) y las de mando, las primeras dotadas de 144 remos y las segundas de entre 168 y 350 en función de la autoridad embarcada. De las 210 unidades con que contaba la Santa Liga, seis eran galeazas, 24 galeras de mando y 180 galeras ordinarias. Las galeazas eran fortalezas flotantes de gran poder artillero. Con cerca de quinientos metros de alcance resultaban muy destructivas en los prolegómenos del combate, pero su poder se diluía cuando las flotas se mezclaban debido a su escasa velocidad, su poca capacidad de maniobra y al hecho de que una vez establecidas las correspondientes melés no podían discriminar en su fuego las unidades amigas de las enemigas. Por esta razón el peso de la batalla recayó sobre la infantería a bordo de las galeras y ese factor sí que fue determinante en la victoria, debido al uso de los arcabuces contra las flechas turcas, pues en las filas otomanas solo contaban con el arcabuz como arma reglamentaria los jenízaros embarcados y no el resto de combatientes.

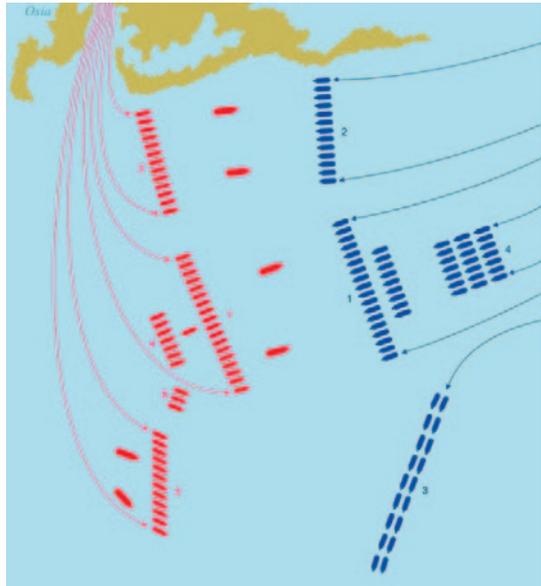
Conforme las fuerzas se acercaban el planteamiento del combate iba quedando cada vez más claro. En el ala derecha turca Mohamed Siroco había dispuesto sus mejores unidades en el extremo más cercano a la costa con idea de envolver a los cristianos, pero Veniero había previsto tal coyuntura y en el límite izquierdo de su fuerza navegaba su propia galera de mando junto a una sección compuesta por dos galeazas y sus galeras mejor armadas al mando del almirante Agostino Barbarigo. Parecía claro que buena parte de lo que fuera a suceder en la batalla dependería de ese choque. Por su parte, Juan de Austria tampoco escondía sus intenciones, pues, además de colocar dos galeazas en vanguardia para producir el mayor destrozo en las líneas enemigas antes del choque, dispuso sus poderosas 14 galeras de mando en el centro, a proa de la formación, siguiendo aguas a las galeazas, para, aprovechando la confusión y destrozos producidos por estas con su artillería, adelantarlas disimuladas entre el humo para penetrar como un ariete por el centro de la escuadra de vanguardia otomana con idea de, una vez superadas las líneas enemigas, envolverlas a derecha e izquierda la mitad de los barcos por cada banda. Sorprende el parecido de esta táctica con la que empleó tan exitosamente en Trafalgar el binomio Nelson-Collingwood, haciendo buena aquella frase que destacaba en una de las aulas de la Escuela Naval Militar: «Europa aprendió a navegar en libros españoles».

En realidad, el plan de combate de cada bando era bastante simple y transparente, pero ambos comandantes eran conscientes de que a partir del momento en que las fuerzas entraran en contacto los planes pasarían a un segundo plano, pues los contendientes formarían una melé que solo podría resolverse por el pulso de cada unidad con su correspondiente o correspondientes enemigas en un combate ciego y sordo a las señales, pues las banderas quedarían escondidas entre el humo de la pólvora y el de los incendios y el sonido de los clarines y timbales por el estruendo de los cañones y el de las maderas rotas.

«Hijos, a morir hemos venido, o a vencer si el cielo lo dispone. No deis ocasión a que el enemigo os pregunte con arrogancia impía ¿Dónde está vuestro Dios? Pelead en su santo nombre, porque muertos o victoriosos habréis de alcanzar la inmortalidad...».

Con el sol empezando a despuntar por encima de las montañas de Levante, un joven de apenas 24 años arengaba de esta forma a los cristianos para la que habría de ser una de las batallas navales más grandes de la historia de la humanidad, un combate que reunía a tres de cada cuatro de las galeras, galeazas, galeotas y fustas existentes en el mundo, 580 naves y cerca de 200.000 hombres que iban a dirimir el destino de dos imperios representantes de dos civilizaciones antagonistas, el oriente contra el occidente, el islam contra el cristianismo.

Apenas las flotas se avistaron Juan de Austria supo interpretar la estrategia inicial de Alí Pachá, que no era otra que la de flanquear la línea enemiga por ambos lados mientras él mismo fijaría las posiciones de la vanguardia cristiana mediante la escuadra de reserva que hasta ese momento había mantenido a su retaguardia. La primera orden de Juan de Austria fue adelantar a primera fila la fuerza de galeazas, donde concentraba lo mejor de su artillería, mientras que, a diferencia de Alí Pachá, el comandante español mantuvo sus reservas a retaguardia, ordenando a Álvaro de Bazán



Disposición de unidades para el combate.
(Facilitado por el autor)

que, a su libre disposición, se dedicara a controlar las posibles brechas que se pudieran producir en la línea de combate. En realidad, más que una batalla se trataba de cuatro condensadas en una, pues dada la calidad de las formaciones, en cuña los cristianos y en media luna los musulmanes, la propia inercia del combate llevaba a que cada sección de cualquiera de las formaciones acometiera a la que tenía en frente, mientras el comandante de la fuerza de reserva cristiana, no así el turco, lanzaba sus unidades donde consideraba necesario como el *quarterback* de un partido de fútbol americano.

Por el norte, las naves de Barbarigo y Siroco fueron las primeras en entrar en combate y la batalla no pudo empezar de manera más favorable para los cristianos, pues a las 11 de la mañana, con las flotas a punto de acometerse, la de Barbarigo había conseguido envolver a la de Siroco merced al granado fuego artillero previo de sus galeazas y galeras de mando del que resultó herido mortalmente el almirante musulmán. Con el viento a favor, las galeras venecianas aplastaron a las turcas contra la costa y el ala izquierda otomana resultó completamente aniquilada. La primera batalla se había saldado con una victoria incuestionable, que además concedía una importante ventaja a los cristianos, que pasaron a apoyar los otros dos frentes de batalla con las naves venecianas.

Una hora más tarde el centro de gravedad del combate había pivotado a las vanguardias, en medio de las cuales se desenvolvían las dos naves capitanas dirigiendo cada una sus barcos contra los correspondientes contrarios. En esta ocasión fueron las unidades turcas las que consiguieron romper la línea cristiana y avanzaron por el centro en busca de la *Real*, insignia de Juan de Austria, pero la maniobra fue neutralizada por la artillería de la Liga que causó importantes daños en las galeras enemigas, aunque fue tal el ímpetu de las naves otomanas que después de penetrar en el interior de la vanguardia cristiana se lanzaron al abordaje. La batalla se convirtió en una melé sin ningún orden táctico y el humo de los disparos y los incendios dificultaba aún más la visibilidad, aunque no lo suficiente como para que la *Real* y la *Sultana* de Alí Pachá dejaran de verse y decidieran acometerse; el momento supremo había llegado, se enfrentaban la espada contra el alfanje, la cruz contra la media luna, y la situación era favorable al turco que, a modo de guardia pretoriana, llegaba rodeado y protegido por un tupido cinturón de galeras otomanas, momento providencial en que de la espesura del humo surgió la *Loba*, insignia de la escuadra de Nápoles al mando de Álvaro de Bazán que daba paso a la escuadra cristiana de reserva, la cual se lanzó directamente sobre la *Sultana*, que para entonces acababa de embestir con su enorme espolón la amura de la *Real*. Las dos naves quedaron unidas por los garfios dando paso al abordaje, siendo la situación todavía favorable a los turcos, pues sobre la galera de Alí Pachá confluían continuos refuerzos de las naves otomanas más próximas, mientras que la *Real* de Juan de Austria se había quedado aislada y solo contaba con el apoyo cercano de una veneciana, y aunque los arca-

buceros españoles se defendían con uñas y dientes, el mayor número de tropas musulmanas hacía pensar que la *Sultana* iba, finalmente, a derrotar a la *Real*, pero justo entonces, de manera providencial y como si fuera un enviado de Dios, Álvaro de Bazán surgió al frente de sus galeras hasta llegar a la altura de la *Real* y una oleada de Infantería del tercio de refresco abordó la *Sultana* de Alí Pachá a sangre y fuego con la furia de un ciclón en el mismo momento en que el disparo de un arcabucero alcanzaba en la cabeza a Alí Pachá, que cayó fulminado sobre cubierta. Reconocido el cuerpo del comandante de la flota otomana, su cabeza fue clavada en una pica a modo de estandarte, lo que desconcertó a las tropas musulmanas que se desmoralizaron y cedieron rápidamente posiciones ante el empuje creciente de las tropas de la Liga. La batalla estaba prácticamente decidida, aunque la escuadra otomana del ala izquierda, comandada por Uluch Alí, intentaba flanquear las galeras de Juan Andrea Doria y las de la Orden de Malta, pero Álvaro de Bazán, tras apoyar a la *Real* en el centro del dispositivo cristiano, se dirigió con su fuerza de reserva a su ala derecha en apoyo de Doria, haciendo huir a la escuadra de Alí.

Terminada la batalla y consolidada la victoria, Juan de Austria ordenó un redoble de tambores que culminó con una salva general que señalaba el momento de hincarse de rodillas ante la imagen del Santísimo Crucifijo que ondeaba en el centro del estandarte que el papa le había entregado para que le acompañara en la batalla. Una vez dadas las gracias a Dios las tropas cristianas estallaron en vítores que se mantuvieron a lo largo de toda la jornada sin dejar de atender a los heridos, arrojar al mar a los muertos, liberar a los remeros cristianos de las naves turcas, reparar las propias, asegurar las tomadas al enemigo y concentrar a los prisioneros. Con la caída de la noche una tormenta azotó la flota que, jubilosa a pesar de la virulencia del temporal, puso rumbo al vecino puerto de Petela que señala la entrada al golfo de Patras, dejando atrás un mar enrojecido por la sangre de los combatientes en el que sobresalían los terribles despojos de una de las batallas más cruentas de la historia de la humanidad.

Los cristianos tomaron a los turcos 170 galeras y 20 galeotas. Se hicieron 4.500 prisioneros y se incautaron cerca de 400 piezas artilleras. El número de bajas turcas se situó alrededor de los 30.000 hombres y aunque se liberaron 12.000 remeros cristianos, un número semejante murió a consecuencia de los combates o fueron pasados a cuchillo por sus captores por temor al motín. Las bajas cristianas ascendieron a 8.000 hombres muertos, entre ellos el almirante Barbarigo, y 14.000 heridos, perdiéndose únicamente 16 naves.

Conclusión

La de Lepanto quedó para la historia como la batalla naval más sangrienta de todos los tiempos. Gracias a su victoria la Liga Santa rompió con la supe-

rioridad naval del Imperio otomano y su vitola de invencibilidad quedó desmitificada. Los turcos se presentaron a la batalla llenos de moral por la reciente victoria en Chipre, pero disminuidos de efectivos por las muchas bajas que sufrieron. Chipre supuso una victoria táctica para el sultán, pero un grave error estratégico para el Imperio otomano. Por su parte, España, tras impedirlo por primera vez en 1212 en la batalla de las Navas de Tolosa, volvía a resultar determinante a la hora de neutralizar el segundo intento de penetración musulmana en Europa. Con la victoria de Juan de Austria, Occidente recuperaba la hegemonía naval en el Mediterráneo.

Asegurado el sur de Europa, después de la batalla de Lepanto el centro de gravedad de las preocupaciones españolas se trasladó a Flandes y al Atlántico, debido a la presión de los protestantes primero y al incremento de la actividad de los corsarios ingleses contra las colonias y la flota de Indias después, todo lo cual propició la retirada de España de la Liga Santa, lo que, a su vez, dio nuevos bríos al imperio turco que consiguió recuperarse parcialmente, aunque su área de influencia quedó constreñida a los límites de la península de los



Por encima de otros actores fundamentales, la decidida actuación de los tercios inclinó la balanza de la victoria del lado español, sintetizada en este cuadro en la figura del heroico Lope de Figueroa. En su honor, la plaza de Armas del «Tercio de Armada» lleva su nombre.

(Imagen facilitada por el autor)

Balcanes. Podría decirse que la caída del Imperio otomano, que se produjo definitivamente tras el fin de la Primera Guerra Mundial, comenzó a gestarse en Lepanto.

En cuanto al combate naval en sí, si bien el impulsor principal de la victoria cristiana fue Juan de Austria, pues suyas fueron las voces de mando que llevaron a la Liga Santa a la victoria, las actuaciones del almirante veneciano Veniero en el ala izquierda cristiana y de Álvaro de Bazán al frente de la escuadra de reserva resultaron providenciales de cara al resultado final, sin embargo, establecido el símil del fútbol americano con Álvaro de Bazán como *quarterback* de las filas cristianas, si hubiera que elegir un *MVP* de la batalla personalmente me inclinaría por la valiente y decidida actuación de los tercios.

En realidad, en el aspecto táctico la batalla naval no podía tener mucho recorrido, pues los planes originales se diluyeron a partir de las primeras embestidas, convirtiéndose el combate en un enfrentamiento basado en el abordaje, y en definitiva en la fuerza y bravura de unos y otros. En Lepanto la superioridad entre la Cruz y la Media Luna se sintetizó en la pelea de las dos fuerzas de mayor prestigio de la época: los afamados tercios españoles, que mantenían a raya a media Europa, y los jenízaros, fuerza de élite del ejército otomano dotada del mejor armamento y extraordinariamente adiestrada en su papel, entre otros, de la custodia y salvaguarda personal del sultán.

A título particular, un soldado español embarcado en la *Marquesa*, galera incrustada entre las de la república de Venecia, que respondía al nombre de Miguel de Cervantes Saavedra, y que resultaría herido en un brazo, escribió unas bellas palabras que sintetizan con extraordinario acierto lo acontecido en el golfo de Patras el día de la Virgen del Rosario de 1571: «La más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros».

